

LA EROSION DEL MITO

PARA el observador extranjero, la situación política argentina no deja de presentar matices paradójicos. El 11 de marzo de 1973 el Frente Justicialista de Liberación ganaba por abrumadora mayoría las elecciones convocadas por la dictadura militar, con algo menos del 50 por 100 de los votos emitidos contra poco más del 20 por 100 de su más inmediato seguidor, la Unión Cívica Radical del Pueblo. El 25 de mayo, con motivo de la asunción del mando por parte de las nuevas autoridades, en varios puntos del país la multitud asalta cárceles donde se hallaban reclusos distintos presos políticos y sindicales. Ante la magnitud del estallido de impaciencia popular, el poder ejecutivo se ve forzado a firmar un decreto de inmediata amnistía a ser confirmado posteriormente por el poder legislativo. El 20 de junio, a raíz del regreso de Perón a la Argentina, se realiza la más monstruosa concentración popular de la historia política argentina (las estimaciones varían entre los dos y cuatro millones de asistentes). En su transcurso, la Juventud Peronista y una serie de organizaciones afines son ametralladas desde el palco oficial por bandas armadas posteriormente identificadas como elementos de la derecha peronista y grupos parapoliciales. El 13 de julio se produce el autogolpe de estado que provoca la destitución de Cámpora y sus dos ministros «no negociables» (Righi, del Interior, y Puig, de Relaciones Exteriores), y el peronismo da un vertiginoso giro a la extrema derecha. Las notas que siguen intentan mostrar la coherencia de este proceso visto desde su interior, como resultado de la desaparición de los sectores en que se había apoyado tradicionalmente Perón para llevar a cabo su política «pendular».

ALGUNOS ANTECEDENTES

En los vertiginosos momentos que siguieron al triunfo popular del 11 de marzo tendió a olvidarse fácilmente un dato esencial: que cuando Lanusse lanza su proyecto de «institucionalización» del país, conocido bajo el nombre de Gran Acuerdo Nacional (GAN), son el ejército y la burguesía quienes están jugando su última carta en la Argentina: poniendo en marcha una alianza con el peronismo, pero no con sus bases populares, sino con sus direcciones burocráticas y corrompidas.

Intentó convencerse al pueblo de



El gran mitin del 20 de junio se convirtió en una gran tragedia. Una columna de 60.000 jóvenes de la Zona Sur, encabezada por la JP, fue ametrallada en pleno aeropuerto de Ezeiza por bandas armadas posteriormente identificadas como elementos de la derecha peronista y grupos parapoliciales.

que el GAN era el «partido en el que jugamos todos», se usaron imágenes deportivas a fin de romper la apatía popular. Paladino, entonces delegado personal de Perón, comenzó una campaña de afiliación partidaria que desembocó en el más espectacular fracaso. Se dijo que Paladino se había «quemado» por visitar tantos despachos oficiales. Fue defenestrado y reemplazado por Héctor J. Cámpora. Y, de repente, sobrevino un vuelco sorprendente.

Durante los años de la dictadura, dentro del peronismo, todo el peso de la lucha contra el régimen había recaído fundamentalmente sobre dos sectores: la Juventud Peronista (JP) y los gremios peronistas combativos. Los gremios combativos habían asumido en el plano sindical la dirección de la lucha contra la burocracia de la CGT porteña; la Juventud Peronista, a su vez, tenía cada vez más a convertirse en el aparato político de las organizaciones armadas peronistas: FAP (Fuerzas Armadas Peronistas), FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Montoneros. Durante la gestión de Paladino, estos secto-

res (globalmente unificados bajo la denominación general de «La Tendencia (Revolucionaria)» se niegan a incorporarse a la parodia electoral. El movimiento de oposición al «acuerdismo» cristaliza en un «slogan» montonero: «La sangre derramada no será negociada».

Con la defenestración de Paladino, Perón inicia su apertura hacia los sectores combativos. Cámpora es un antiguo peronista sin intereses creados en el movimiento. Perteneció al «centro» del mismo. Uno de sus hijos es dirigente de la JP, y esto le garantiza la neutralidad de la «Tendencia». Por otro lado, su falta de activismo en los últimos años tranquiliza los escrúpulos de la burocracia cegetista.

Con Cámpora, la JP se incorpora activamente a la campaña electoral. Fue la JP la que dio un vuelco fundamental a la campaña al levantar las banderas combativas del socialismo nacional y la libertad para todos los presos políticos y sindicales. La lucha cobra un carácter programático. Si durante la gestión de Paladino el objetivo había sido la «institucionalización» del país, ahora el proceso trasciende el mar-

co de una reivindicación parlamentaria formal: se inicia la larga marcha hacia la construcción del socialismo nacional.

¿POR QUE CAMPORA Y SOLANO LIMA?

La designación de esta fórmula tiene una explicación bastante sencilla. Cámpora carece de base propia de sustentación dentro del movimiento, es una figura solitaria de segundo orden. Solano Lima, a su vez, dirige quizá el más endeble de los partidos integrantes del FREJULI, el Partido Conservador Popular, y también carece de base propia de sustentación. Perón los escoge precisamente en virtud de su debilidad política, no pese a ella. Su falta de autonomía propia es la mejor garantía de su ulterior obediencia.

El primer choque se produce a la hora de integrar las listas de candidatos. La burocracia sindical exige la parte del león. Cámpora, plenamente consciente de su falta de representatividad dentro del movimiento, les ofrece un 25 por 100 de las mismas, exactamente la mis-



JUAN CARLOS CURUTCHET



Cámpora carecía de base propia. Era una figura solitaria de segundo orden, y si Perón lo escogió fue precisamente en virtud de su debilidad política.

ma proporción que a las tres ramas restantes del peronismo. (El peronismo está dividido en cuatro ramas: sindical, política masculina, política femenina y juvenil). Finalmente, la burocracia debe aceptar a regañadientes la inclusión en estas listas de gran número de representantes de la JP y los gremios combativos.

Desde su primer choque con la burocracia sindical, Cámpora comienza a apoyarse en los sectores juveniles del movimiento. Tras la victoria del 11 de marzo presenta

a Perón su gabinete: los candidatos de Cámpora son vetados en su mayoría, pero éste consigue salvar a los dos ministros «no negociables»: Righi, del Interior, y Puig, de Relaciones Exteriores. Ambos responden a la orientación de la «Tendencia».

El día 25 de mayo, día de la asunción del mando, la multitud jubilosa asalta las cárceles en todo el país para liberar a los presos políticos y sindicales. Cámpora firma el mismo día el decreto de amnistía sin esperar la aprobación de la ley correspondiente en las cámaras legislativas. Righi hace una quema simbólica de los ficheros de los «servicios» (policiales) y asegura que ya no volverá a haber represión. Entre tanto, ya ha comenzado a agudizarse la crisis interna que va a desembocar finalmente en el autogolpe reaccionario del 13 de julio. Veamos un poco su desarrollo.

Y AHORA, ¿QUE HACER CON EL PODER?

La consigna «Perón, Evita -la patria socialista» ha ganado a las masas. Todos los actos de la campaña electoral habían sido copados por la JP. Los combatientes de las organizaciones armadas que han arrancado las elecciones a la dictadura y roto la alternativa «acuerdista» son saludados como héroes. Arrecrian los ataques contra la burocracia sindical. A la vez, el peronismo vive una sorprendente paradoja: la JP ha demostrado poseer una enorme capacidad de convocatoria popular, pero carece de una

organización política que refleje adecuadamente su poder. La burocracia sindical, por su parte, se halla cada vez más huérfana de apoyo popular, pero conserva más o menos intacto su aparato. La rama política (femenina y masculina) simplemente no existe.

El peronismo tuvo desde sus orígenes un ala izquierdista y un ala derechista. Durante años, Perón ha manipulado estos dos sectores utilizándolos hábilmente según las necesidades del momento. El eje de esta manipulación había sido una corriente «centrista» mayoritaria que respondía emocionalmente a la conducción personal del líder. Pero en estos últimos años algo ha cambiado.

El peronismo había significado la incorporación a la vida política nacional de los sectores populares del interior. Estos sectores carecían de una conciencia política que les permitiera racionalizar las alternativas del proceso. La función cohesiva de la línea política se había visto así suplantada por la unidad en torno al líder. El carisma suplía las deficiencias de la organización. Pero durante los años de la lucha contra la dictadura se ha producido una politización global de los sectores populares. Y a medida que esta politización gana terreno, comienza a debilitarse el mito de la verticalidad. Las peripecias de la lucha polarizan las contradicciones. El movimiento dividido se orienta tras dos consignas antagónicas: anticontinuidad e institucionalización.

La actitud de la «tendencia» frente a Cámpora se refleja en una

consigna de FAR: «Apoyar, controlar al gobierno popular». Apoyo crítico y conservar a las masas en la calle para garantizar la profundización del proceso. La burocracia, a la vez, lanza la consigna de la institucionalización: la lucha ha concluido y empieza la reconstrucción. El país necesita «paz social». Se realiza el acuerdo denominado «Pacto Social» entre la CGT (Confederación General del Trabajo) y la CGE (Confederación General Económica). La JP denuncia el «Pacto Social»; la burocracia, a su vez, denuncia a los «perturbadores» que tratan de entorpecer el proceso de reconstrucción.

A raíz de los sucesos del 25 de mayo, la burocracia cegetista y los sectores empresariales nucleados en la CGE imponen sus condiciones a Perón: en primer término, liquidación del poder creciente de la JP, que ya ha empezado a erosionar eficazmente la alternativa «pactista socialera». Perón debe retornar a la Argentina el 20 de junio. Se organiza una concentración gigantesca, pero a último momento la JP es excluida del Comando de Organización. El astrólogo López Rega (secretario personal de Perón y nuevo ministro de Bienestar Social, «predice» al general la masacre). Un periódico de Córdoba la denuncia horas antes de que ella se produzca.

El Comando de Organización ha recibido instrucciones precisas. El 20 de junio, en Ezeiza, debe ponerse punto final a la lucha antiburocrática de la JP. Debe impedirse que sus cuadros copen la manifestación. Una columna de 60.000 jóvenes de la Zona Sur, encabezada por la JP, se dirige hacia el palco oficial. Desde allí son ametrallados. Comienza el pánico. Varios militantes de la JP son ahorcados en el «bosque» de Ezeiza. Otros son torturados en el hotel Internacional. Los muertos posiblemente lleguen al centenar. Al día siguiente, Perón se dirige al país. Sus ambiguas palabras demuestran su complicidad en la masacre. La burocracia denuncia a elementos extremistas «infiltrados». La JP, por su parte, inicia una campaña de total enfrentamiento con los sectores sindicados, como responsables de los asesinatos.

Righi ordena una investigación. A medida que ésta progresa comienza a conocerse la verdad de los hechos. Aumentan las presiones sobre Cámpora para que destituya a su joven ministro del Interior. Cámpora se niega terminantemente. Pocos días antes de que la comisión

LA EROSION DEL MITO

investigadora haga público su veredicto, se produce el autogolpe del 13 de julio. La dirección burocrática del peronismo lanza la variante «continuísta» y la «Tendencia» se apresta a dar la lucha en todos los frentes. Pero ¿qué es exactamente la «Tendencia» y cuál su verdadero poder?

PROBLEMAS DE LA «TENDENCIA»

Bajo la denominación general de «Tendencia» se agrupan todos los sectores peronistas «anticontinuístas» y socialistas. La «Tendencia» agrupa a las organizaciones armadas (FAP, FAR y Montoneros), Peronismo de Base, Unidades Básicas Revolucionarias, gremios combativos, Juventud Peronista, Juventud Universitaria Peronista, Unión de Estudiantes Secundarios, Juventud Trabajadora Peronista y otros núcleos menores. Dentro de la «Tendencia» hay dos subtendencias claramente definidas: los «movimientistas» y los partidarios de una «alternativa independiente» para la clase obrera.

Los sectores «movimientistas» sostienen que el peronismo es un movimiento revolucionario de carácter socialista «infiltrado» por traidores y burócratas, que tratan de desvirtuar su carácter para ponerlo al servicio del «continuísmo» oligárquico-imperialista. Personalizan sus ataques en López Rega, Lastiri, el teniente coronel Osinde, el diputado Brito Lima, el Consejo Metropolitano del Partido Justicialista, Rucci, Miguel, la burocracia de la CGT y las 62 organizaciones sindicales y, más veladamente, en Isabel Martínez de Perón, elemento clave de la «trenza» continuísta. Confían (o confiaban) en que en última instancia Perón hará lo que le exijan las masas. Plantean como objetivo prioritario la ruptura del cerco tendido en torno a Perón por la burocracia y sostienen que la ecuación Perón-Pueblo conducirá inevitablemente hacia el socialismo. Reivindican a Evita como inspiradora de la línea revolucionaria y están básicamente representados por la organización Montoneros.

Los sectores partidarios de la «alternativa independiente» sostienen que el pueblo es más importante que su líder, que el peronismo es una alianza policlasista que aglutina a sectores con intereses contradictorios, que los burócratas y «traidores», lejos de ser simples «infiltrados», expresan a sectores del peronismo, y que el peronismo no es un movimiento definitivamente socialista, aunque sí una etapa



Durante los años de la dictadura, dentro del peronismo todo el peso de la lucha contra el régimen había recaído fundamentalmente en dos sectores: la Juventud Peronista y los gremios peronistas combativos. Con Cámpora, la Juventud Peronista se incorporaría activamente a la campaña electoral.

fundamental en la lucha hacia su construcción. Reivindican también a Evita como abanderada del peronismo clasista y están básicamente representados por FAP y el Peronismo de Base. Entre ambas variantes se inserta una amplia gama de matices que van desde el acatamiento formal de la verticalidad hasta su repudio terminante.

Hay una fecha clave en la historia de la «Tendencia»: el 20 de junio, día de la masacre de Ezeiza. Ese día queda sellada la división definitiva del movimiento peronista. La JP comienza a darse una organización en el ámbito sindical a través de la Juventud Trabajadora Peronista. Su consigna es: «Trasvasamiento sindical para el socialismo nacional»; su «slogan»: «JTP, la nueva CGT». Es presumiblemente el vertiginoso desarrollo de esta nueva organización uno de los factores que motivan la histeria de la burocracia sindical y el autogolpe reaccionario del 13 de julio. La JTP mantiene una postura de acción unitaria con los sectores de la izquierda no peronista, y aparece claramente identificada con la línea FAR-Montoneros.

La JP ha dado recientemente dos contundentes muestras de su poder de movilización. El día 24 de julio organiza en Buenos Aires una manifestación de 50.000 personas para repudiar el autogolpe del 13 de julio y reclamar una definición a Perón. Dos días después, al celebrarse un nuevo aniversario de la muerte de Evita, organiza un acto en Saavedra (gran Buenos Aires) al que concurren 90.000 personas. Para comprender mejor la significación de estas dos movilizaciones, debe tenerse en cuenta que ambas fueron organizadas en cuarenta y ocho horas, sin prensa, radio ni televisión y bajo los ataques sis-

temáticos de la derecha peronista.

El mismo día, 26 de julio, la CGT nacional organiza su propio homenaje a Evita en su local de la calle Azopardo. Concurren al mismo toda la plana mayor del justicialismo, diputados y senadores, López Rega, el presidente Lastiri, etcétera. Pese al apoyo masivo de todos los medios de difusión, apenas consiguen reunir dos mil personas. Un ilustrativo incidente puede servir para mostrar hasta qué punto llega su orfandad de apoyo popular. La burocracia cegetista instala en el portal un grupo de matones para que impida entrar a la gente. Se pretende de este modo dar a entender que la gente se ha reunido fuera porque ya no cabe en el interior. La gente no entiende la maniobra y sospecha algo raro. Al grito de «¡Queremos entrar!» se producen varias escenas de pugilato entre los concurrentes al acto y los matones de la CGT.

LA SINGULAR INEPTITUD DEL LIDER

Al cabo de dieciocho años de exilio, Perón ha regresado por segunda vez a la Argentina. Tanto en su visita anterior como ahora se instala en el oligárquico barrio de Vicente López. Sale de allí en pocas oportunidades: una vez para asistir a una misa en la catedral; otras para concurrir a la residencia presidencial de Olivos o a la CGT; otras a pasear por Cabildo y la avenida del Libertador en compañía de Isabelita y sus caniches. Sus periplos no lo llevan nunca fuera del «área oligárquica» de la capital federal. Toda su información la recibe «filtrada» por la eficiente censura del brujo López Rega y sus colaboradores. A este elemental desconocimiento de la Argentina «real» debe

sumarse su salud precaria, que lo mantiene inmovilizado la mayor parte del tiempo. (Perón cumplirá en octubre setenta y ocho años.)

Sólo prestando atención a estos detalles será posible comprender la inexplicable torpeza de sus actitudes recientes, que han contribuido más eficazmente que dieciocho años de propaganda oficial antiperonista a erosionar totalmente su mito a nivel popular. Perón ha subestimado la inteligencia de sus votantes y, a la vez, ha sobrevalorado la vigencia de su propio carisma. Su divorcio de las masas le ha impedido comprender el verdadero carácter del voto popular del 11 de marzo. La victoria se produjo gracias al calor popular de la lucha contra la dictadura, tuvo un definido matiz anticontinuísta y las movilizaciones populares que la precedieron estuvieron signadas por las consignas de la marcha hacia el socialismo nacional, la derogación de la legislación represiva, la libertad a los presos políticos, la investigación de los asesinatos de Trelew y los casos de secuestros y torturas y la ruptura de la dependencia imperialista. Desde la destitución de Cámpora y su equipo, ha habido un vuelco a la derecha. La «Tendencia» ha sido públicamente atacada por el propio Perón (que en su inexplicable miopía ha llegado a acusar veladamente a la JP por los sucesos de Ezeiza) y el nuevo «gobierno popular» ha comenzado a hablar de los «perturbadores» que actúan al margen de la ley. Nada ha cambiado y ningún problema se ha resuelto, pero Perón habla y se comporta como si la lucha hubiera terminado. Lo que sí se ha acabado es la unidad «monolítica» del propio movimiento peronista, que hoy asiste a su penosa desintegración.

«Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista», dice una de las «20 verdades peronistas» de 1949, recientemente reflatadas por la burocracia. En la práctica, sin embargo, parecería que «para un peronista no hay nada peor que otro peronista». En un recuadro aparte puede leerse una ilustrativa nómina de incidentes armados entre distintos sectores del movimiento. Los sindicatos y unidades básicas (de cualquiera de los sectores) están bajo custodia armada permanente. El bloque legislativo del FREJULI se ha dividido. La intervención a cuatro provincias (Córdoba, Buenos Aires, Mendoza y Salta) está prácticamente acordada, aunque el propio régimen no se haya atrevido todavía a hacerla efectiva. En los últimos tres meses ha habido en la Argentina más defenestraciones de direcciones sindicales burocráticas que en los diez años anteriores. La CGT de Balcarce, sumada a la «Tendencia», es ocupada militarmente por los matones de la UOM (Unión Obrera Metalúrgica). La CGT de Salta se define como «peronista, clasista y antiimperialista» y anuncia que apo-

(hubo un muerto y varios heridos), denuncia a la CGT de Buenos Aires por haber intentado sabotear la huelga, rechaza las versiones oficiales que atribuyen los incidentes a elementos «ajenos a la clase obrera» y realiza un nuevo paro de veinticuatro horas como repudio a la represión policial. El plenario de gremios confederados de la CGT de Corrientes (realizado el 8 de agosto) declara que «La justicia social no existe en Corrientes», se pronuncia contra la dirección burocrática del movimiento obrero nacional y denuncia al gobernador (del FREJULI) como enemigo de los intereses de la clase obrera; etcétera. De más está puntualizar que la totalidad de los burócratas sindicales defenestrados son elementos adictos a Rucci y la «patota» de la CGT porteña.

En medio de este clima de repudio generalizado al nuevo «gobierno popular» del presidente Lastiri (que, dicho sea de paso, es yerno de López Rega y ha sido públicamente denunciado por la JP como «agente de la CIA ungido presidente por la voluntad soberana de su suegro»), Perón, con sus penosos discursos «magistrales» sobre el universalismo, la ecología y la necesidad de «preservar» la «paz social» (como si ésta alguna vez hubiera existido), recuerda a aquella bizantina aristócrata francesa que el día de la toma de la Bastilla anotaba en su diario: «Hoy no pasa nada. Me aburro». Un cura argentino dado al cultivo de las artes adivinatorias predijo hace diez años que Perón volvería al poder en 1973 y moriría en 1974 ahorcado en una plaza por sus propios partidarios. Hoy esta profecía es conocida por todos y discutida a todos los niveles. El hecho de que la eventual ejecución del líder sea discutida acaloradamente por muchos de sus propios partidarios es un indicio de la magnitud alcanzada por la erosión del mito.

Durante años, Perón ha repetido que «el pueblo marchará con sus dirigentes a la cabeza o con la cabeza de sus dirigentes». Hoy esta consigna, olvidada por el propio Perón y por la burocracia sindical, reaparece en los estandartes de la «Tendencia». Por el momento, los peronistas aparecen divididos en tres sectores: la «Tendencia», la burocracia continuista y un tercer núcleo mayoritario de peronistas desilusionados, subdivididos a su vez entre los «indignados» y los «desconcertados». Todo da a entender que en los próximos meses, a medida que la farsa electoral progresa y las posiciones se vayan definiendo, la Argentina asistirá al definitivo eclipse de un líder que no supo emplear el momento de la victoria más que para convertirse en el artifice de su propio fracaso. ■ J. C. C.

EL DESCAMISADO
 LOPEZ REGA
 ORDENA REPRIMIR

EXCLUSIVO:
El asesinato de San Nicolás

SALTA:
Los campesinos contra la oligarquía

BUENOS AIRES:
**90.000 peronistas gritaron
 EVITA HAY UNA SOLA**

Ataques a López Rega en «El descamisado», publicación semanal afín a la izquierda peronista.

yará los actos positivos del gobierno, pero no los negativos, y proclama su total oposición al «Pacto Social». En Córdoba son ocupados por matones de Buenos Aires los sindicatos de Luz y Fuerza, Sanidad y SMATA (Sindicato de Mecánicos) y el local de la CGT, pero la reacción popular y obrera obliga a Rucci y su gente a retirarse. La FOTIA (Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera), el gremio más numeroso del interior del país, cambia de dirección y se suma a la «Tendencia». Un paro obrero en San Francisco, provincia de Córdoba, el día 30 de julio, origina violentos enfrentamientos entre 10.000 manifestantes y la Policía. La CGT de San Francisco denuncia la brutal represión del «gobierno popular»

La Capilla siXtina

LA MORAL DIALECTICA

Me he pasado toda la semana dando tumbos mentales por culpa del artículo de Aranguren publicado por TRIUNFO bajo el título "Inocencia, Violencia, Poder". De la cantidad de ideas que aporta el siempre jovencísimo Aranguren, vuelvo una y otra vez, obsesivamente, a la oposición entre moral utópica y moral dialéctica. Este segundo tipo de moral ha tenido pésima suerte moral.

La moral dialéctica, tal como la entiende Aranguren y su glosado, el escritor norteamericano Rollo May, me suena a toque de suicidio, un toque tan respetable como el de queda o el de silencio. "Toda rebelión —dice Aranguren— busca un orden nuevo, que provocará en su día nueva rebelión. Es imposible la instalación en el paraíso". Toda la lógica histórica de los dialécticos modernos se había construido por las vías del optimismo. La esperanza ha sido siempre la ganga inseparable de la dialéctica, y ahora parece evidente que la esperanza, como el optimismo o el pesimismo, el entusiasmo o el abatimiento, han desaparecido de las evaluaciones del comportamiento humano lúcido, como el latín va desapareciendo de los planes de Bachillerato y el Ogino de los "reencuentros" matrimoniales.

Si uno se permite la política-ficción de salir de la Historia y contemplarla en sus vacilantes movimientos, descubre su insentido o aún peor, que su único sentido es el perpetuo conflicto dialéctico entre lo que quiere crecer y lo que no quiere morir. Esta ley hubiera podido ser aséptica si el intelectual no añadiera su tremendo guadaño: "Es imposible la instalación en el paraíso". Si somos capaces de asumir esta evidencísima evidencia, ¿por qué continuamos pugnando por objetivos tan insuficientes que nunca nos instalarán en el paraíso? Hay dos explicaciones: porque normalmente nos comportamos como si no supiéramos que matamos tanto como creamos y que cuanto hemos creado está condenado a envejecer y morir; o también porque nos da tantas satisfacciones nuestro comportamiento que es

un fin en sí mismo, casi como un paraíso de bolsillo.

Hay que elegir una de las dos alienaciones, y personalmente alterno con cierta simetría el "como si no" y el "como si sí". Pero de pronto me topo con productos intelectuales como el artículo de Aranguren que me dejan no ya sin moral dialéctica, sino sin la más inadjetivada de las líneas de conducta. Si este tren tan difícil, si este túnel tan horrible no me lleva al paraíso, ¿por qué viajo? Creo que Brecht se hizo una pregunta similar. Ciclista constante, medita sobre el pinchazo de un tubular. No le gusta de dónde viene, no sabe o no le gusta a dónde va, y, sin embargo, aguarda el cambio de la rueda con impaciencia. Pero incluso la evidencia de un objetivo infeliz o incierto no es tan lacerante como la evidencia de que el objetivo no es el paraíso. Dudaba entre querellarme con Aranguren y pedirle daños y perjuicios por el estupor cometido contra mi inocencia moral, o tratar de hacer un aparte con él y llegar a un pacto de "encantamiento moral".

Conseguí cenar con Aranguren, y le expuse mis zozobras, entre tenedorazo y tenedorazo de arroz al curry.

—Si usted escribe un artículo en el que convierte el paraíso en un objetivo alcanzable, yo me callo. Pero si no lo hace, yo dejo el tema a la consideración de los lectores y a ver qué pasa.

Aranguren, que es algo así como Menelao el Areopagita, pero en plan de griego de Burgos, me ha mirado desde su dióptrica profundidad y me ha contestado:

—Está usted en la frontera entre la moral utópica y la más absoluta amoralidad.

—¡El paraíso, por favor! Aunque sólo sea un poco o un instante!

Y Aranguren, a la manera de los descreídos demonios mentales de Höderlin, me ha entregado un vaso de vino casi perfecto y una hogaza de pan casi carne.

—Tómese de vez en cuando esto y dele un cabezazo al poder siempre que pueda. ¡Si le sirve como sucedáneo!

SIXTO CAMARA